

Perspectivas de los posgrados en humanidades en las universidades estatales

Aureliano Ortega Esquivel*

Recuento de daños

Se dice que las humanidades son “el alma de la universidad”. En el mismo tono, también se afirma que las instituciones de educación superior que no cobijan ni cultivan la filosofía, la historia, la pedagogía, la lingüística o las letras no pasan de ser establecimientos de enseñanza “meramente” tecnológica, en referencia explícita al talante comprensivo, universal y humano que caracteriza y distingue a los estudios “universitarios” propiamente dichos. De manera que toda institución de educación superior que ostenta el nombre de universidad, para verdaderamente serlo, debe ofrecer y cultivar un nutrido conjunto de programas académicos de perfil humanístico, mientras desarrolla el resto de sus actividades esenciales a través de un vasto espectro de disciplinas y saberes que conservan un claro aliento universal y ponen el acento en lo que al hombre, en cuanto hombre, atañe.

Ciertos y convencidos de la verdad que entraña aquel aserto, aquellos a quienes a lo largo del tiempo tocó en suerte —o mala suerte— dar aliento y cuerpo a la universidad pública en México, pugnar por hacer efectivo aquel ideal universalista y humanístico; contaron en ocasiones únicamente con la sola voluntad de hacerlo. Sin embargo, siendo más bien frutos de la escasez y la improvisación, de las circunstancias y el interés político —ayunas, por lo mismo, de un plan o una estrategia de crecimiento definidos—, una buena parte de las universidades públicas mexicanas se desarrollaron institucional y académicamente de manera señaladamente desigual, fragmentaria y episódica. Como consecuencia, las áreas y disciplinas del conocimiento que en cada caso y por muy diversas causas lograron atraer la atención y el apoyo de las dirigencias universitarias o las autoridades estatales y federales, experimentaron un crecimiento acelerado y sostenido, la temprana fundación de centros de investigación y la oportuna formación de investigadores de alto nivel y de cuerpos académicos estables, en contraste dramático con aquellas formas del saber cuyo cultivo y enseñanza “no servían para nada útil”.

Sin ser necesariamente una regla, las áreas que alcanzaron un desarrollo más o menos satisfactorio y normal fueron representadas, en un primer momento, por las carreras universitarias que ya se ofrecían en diversas instituciones educativas estatales —las llamadas profesiones liberales—. Inme-

* Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Guanajuato.

diatamente después, la atención y los apoyos se dirigieron hacia aquellas ramas del conocimiento que convenían o se articulaban estratégicamente con las políticas y planes de desarrollo —especialmente económico— que durante un largo periodo de nuestra historia reciente animaron y condujeron los gobiernos locales al amparo, guía y arbitrio del Estado nacional. Estrategia ostensiblemente “selectiva” que favorecía principalmente la creación y el crecimiento de carreras de corte tecnológico, de perfil económico-administrativo o bien científico, cuando se presumía en su generación y su enseñanza una reserva de saberes imprescindibles y en su ejercicio profesional y sus aplicaciones prácticas, un alto potencial transformador.

Orientadas asimismo hacia la formación de técnicos y profesionistas, cuadros medios y agentes de transformación económico-social, durante muchos años gran parte de las disciplinas ofrecidas por las universidades estatales no desarrollaron ni requirieron instancias para la investigación o estudios de posgrado. Cuando esto ocurrió, a principios de la década de los setenta, era de esperarse que tanto la investigación como el posgrado se desarrollaran en aquellas áreas que justamente por sus antecedentes, crecimiento, organización y fortaleza “ya contaban con la capacidad de hacerlo, coincidiendo tales atributos en el conjunto de las ciencias médico-biológicas, las ciencias naturales y las ciencias exactas, así como en sus distintas ramas y derivaciones prácticas o en algunas de sus aplicaciones tecnológicas.

Paulatinamente, pero siempre uno o dos pasos atrás, en el curso de los años las disciplinas humanísticas hicieron su aparición en las universidades mexicanas. Para ello, en la mayoría de los casos no se procedió bajo la guía de una estrategia o una planeación definidas —ni a largo plazo—, sino como respuesta circunstancial a la iniciativa de un rector o de un grupo de académicos que al evocar los principios universalistas y

humanistas que conlleva la idea moderna de universidad, consideraban a las humanidades institucionalmente necesarias, sin que esa necesidad trascendiera el ámbito moral y, mucho menos, el propiamente universitario. Todo ello en razón de que hasta hace poco tiempo lo que se entendía por humanidades no era algo muy distinto a las actividades literarias, ensayísticas e historiográficas que las élites intelectuales de los estados habían conservado y cultivado informalmente a lo largo del tiempo para dar curso al ocio y, materia y cuerpo, a las tertulias.

Como resultado ineludible, tanto la profesionalización de sus cuerpos docentes como el desarrollo de la investigación y los estudios de posgrado en humanidades ocuparon un lugar secundario y marginal en el quehacer universitario; se perdió con ello la oportunidad de “hacerse oír”, de hacer explícita su naturaleza y su especificidad y de participar activamente en el diseño, la ejecución y la evaluación de las políticas, las estrategias y las directrices universitarias. De manera que la filosofía, las letras, la historia, la pedagogía, la antropología, la geografía misma, mantuvieron al interior de las instituciones de educación superior de los estados una presencia fantasmal y fragmentaria, inconexa, precaria, a veces —como si se tratara de un mal sueño institucional— “felizmente” episódica.

Cobro (y pago) de facturas

Este dramático resumen no puede, por sí mismo, sostener o constituir un “argumento” a favor de las humanidades en el momento actual ni en el contexto en el que se concibe, planifica y efectúa la “puesta al día” de la universidad contemporánea. Las humanidades, cuando son dignas del nombre, regularmente “pasan el peine a contrapelo de la historia”. Por lo tanto, y dado que todo lo que en “esta” realidad funciona y tiene

efectos constatables “habla” en contra de ellas, la presencia y las actuaciones de las humanidades al interior de la universidad contemporánea han adquirido la calidad y la forma de un “fantasma” o, lo que es todavía peor, en la búsqueda de “reconocimiento” sus cuerpos académicos han tratado de imitar la forma, los objetivos institucionales y los modales académicos de las disciplinas “exitosas” y han pagado como precio la pérdida de la irreductibilidad, la independencia y el “filo crítico” que caracteriza su quehacer.

Para agravar el cuadro, el giro de las directrices y prioridades educativas nacionales hacia la construcción de un sistema universitario de corte empresarial, eficientista, ahorrativo e internacionalizado —globalizado, como la economía—, y la adopción de políticas y prácticas institucionales sometidas a evaluación integral y a la acreditación permanente y rigurosa de sus programas académicos —tomando para todo ello como ejemplo y modelo los sistemas de evaluación y acreditación de las universidades de Estados Unidos o Europa y haciendo caso omiso de las desproporciones históricas, estructurales y presupuestales que aquéllas presentan en comparación con las instituciones mexicanas de educación superior— han propiciado la aplicación acrítica y mecánica de una serie de estándares e indicadores y un modelo general de evaluación del trabajo académico centrados básicamente en lo “cuantitativo”, considerando como indicadores supuestamente “cualitativos” otro grupo de estándares que no dejan de referirse en términos que permiten “medir” rendimientos o acciones eficaces. Se trata, pues, de sumar, de “hacer cuentas” para saber, a ciencia cierta, si lo que hace un profesor es “bueno”, porque es “mucho”, o si la “calidad” y la “excelencia” son atributos de un programa únicamente porque presenta “buenos números”, y se deja al margen la verdadera innovación, la independencia de criterio, la creatividad de los investigadores, debido a que los indica-

dores y estándares de evaluación no están diseñados para medir cosas como la sensibilidad creativa, la incidencia cultural o la crítica social.

Por supuesto, una legión de tecnócratas podría demostrar que, gracias a la “magia” de los números, no sólo es posible transformar dialécticamente “cantidad” en “calidad”, sino “absolutamente” necesario cuando con números y sólo con números “medimos” —siempre en la perspectiva de la ecuación costo-beneficio— el éxito o el fracaso de un programa educativo que, así, sólo responde al imperativo empresarial de la “eficiencia”, la “pertinencia” y la “rendición de cuentas” a través de una administración rigurosa y una fiscalización omnimoda.

¿El fin de las humanidades?

Atados a sus particulares circunstancias y aturridos por sus debilidades y carencias, pero conscientes de que “algo” hay que hacer para salir definitivamente de su rezago y su letargo, los cuerpos académicos de las áreas humanísticas emprenden la aplicación irrestricta y completa del modelo empresarial con la expectativa de obtener, como premio a su esfuerzo adaptativo, el conjunto de medios, instrumentos y recursos que requiere la correcta y completa realización de sus actividades y compromisos disciplinarios e institucionales. A cambio, deberán dejar atrás sus viejas y ya a estas alturas insostenibles veleidades críticas e independentistas, adoptar estrictamente las políticas institucionales al uso, y ser y comportarse como las “otras ciencias”.

Sin embargo, es un hecho que los estudios humanísticos, su rendimiento y sus productos, no pueden ser como los de las otras disciplinas universitarias; en principio, porque su producción no agrega “plusvalor” a sus objetos, ni éstos son reclamados por un contexto socioeconómico ávido de respuestas rápidas, soluciones

prácticas y aplicaciones tecnológicas. Las humanidades tampoco sirven para nada cuando se trata de formar profesionistas aptos para desarrollar las tareas sociales de la producción y los servicios al interior de la economía de mercado; más bien su función es, y ha sido, crítica frente a los estados de cosas imperantes. Si su tarea fundamental es la formación de una conciencia social, y es cosa suya la expresión de esa conciencia a través de los discursos filosóficos, históricos, pedagógicos o literarios “la generación y la inserción de su saber y sus ‘productos’ en la vida social y cultural es resultado de condiciones muy complejas que responden al momento histórico por el que atraviesa el conjunto de la sociedad toda”; del mismo modo, sus “aplicaciones prácticas”, si es que realmente alguna tienen, requieren en ocasiones de un largo y dilatado proceso de decodificación discursiva y asimilación cultural y social. De manera que la mayor parte de lo que “dicen” las humanidades, la forma en que lo dicen y para quién lo dicen, no puede reducirse a la escala de un “objeto útil”, un “profesionista hábil” o un “saber práctico”; ni abordarse con la misma mirada con la que se abordan, califican y evalúan las otras disciplinas universitarias —no por dejar de serlo, sino por el hecho de ser “de otra manera” y de medir su “rendimiento”, si de eso se trata, “de cara a todo un mundo histórico-cultural” —y nunca, como ahora se hace, a partir de una escala meramente productivista y eficientista que únicamente responde a la ecuación costo-beneficio.

Como corolario, las humanidades no son apoyadas ni estimadas institucionalmente porque sus “malos números” históricos las sitúan a sí mismas y a sus productos en evidente desventaja cuando el apoyo y los recursos disponibles se asignan y reparten a través de un proceso de evaluación en el que lo significativo y destacable, lo que “cuenta” a la hora de tomar decisiones, es el conjunto de acciones y recursos que el con-

cursante se compromete a poner en juego para garantizar “anticipadamente” el logro positivo de una meta “concreta”, la aplicación “eficiente” del recurso asignado y la generación de un producto “útil”; algo que las humanidades, por su naturaleza crítica, por la manera como se resuelve la generación de su saber y por los modos y tiempos en los que se distribuye y asimila socialmente, no pueden garantizar.

Es posible que a la mayoría de los universitarios esto les parezca normal, hasta cierto punto necesario. En un ámbito en el que los recursos siempre son pocos y las expectativas de crecimiento muchas, lo que se hace se debe hacer con poco, y utilizar ese poco de la mejor manera. Entramos a la era de la mercantilización de todas las cosas y la universidad, como parte de la sociedad, no puede ser una isla al margen de lo que sucede en el resto del mundo, y éste es ya una gran empresa.

Sin embargo, como en el caso del traje nuevo del emperador, simplemente hace falta “que se quiera ver” que todo el cimientito argumental sobre el que se sostiene y “prueba” esa necesidad de reconversión eficientista consiste en dos sofismas: 1) la escasez de recursos y 2) la identificación acrítica de eficiencia = verdad, verdad = justicia y eficiencia = justicia. Lo sofisticado del primer argumento se evidencia en una simple comparación numérica: en México, se dice, hacia el fin del presente sexenio se asignará a la educación alrededor de 8% del PIB, lo que, si fuera cierto, de todas formas tendría que desagregarse para obtener lo que de ese monto efectivamente recibirá la educación superior y, entre eso, lo que recibirán los programas universitarios de humanidades (¿0.1%, más o menos?); pero lo que no se dice, por lo menos en el mismo plano y tiempo, es que entre la deuda externa e interna del gobierno y cosas tan aberrantes como el IPAB, ya se erogan anualmente ¡más de 19% del PIB y de los recursos nacionales! La conclusión es

obvia: se trata de una escasez “artificial” y “simulada” de recursos, de un verdadero engaño con el que se pretende ocultar el hecho de que, en el orden de sus prioridades, el Estado mexicano coloca “antes” a los empresarios y banqueros que al sistema educativo en su conjunto. El segundo sofisma parecería tener bases más sólidas, pero no es así. Jacques Le Mouëll¹ ha probado que la ecuación eficacia = verdad —y sus correlatos verdad = justicia y eficacia = justicia— descansa sobre la universalización forzada de un principio propio y exclusivo de la empresa capitalista contemporánea, donde el fin, que no es otro que la ganancia y la acumulación de valores “económicos”, se sobrepone y justifica —hace verdaderos y justos— todos los medios eficaces para obtenerla. Sea cual sea la naturaleza de esos “medios”, si la empresa es “exitosa”, es decir, si obtiene utilidades o ganancias, son medios “pertinentes”, “verdaderos” y, sobre todo, “justos”. Ese, y ningún otro, es el fundamento “filosófico” del modelo que se ha fomentado al interior de las universidades mexicanas, en cuanto el “fin”, la “misión” o la “visión” de la educación universitaria parecen identificarse únicamente con la generación de “objetos útiles”, el “ahorro de recursos” y la “rendición de cuentas”.

El problema es que para implantar esos principios en el seno de la educación superior no sólo se debe entender ésta en términos de empresa, sino proceder al desmantelamiento de sus formas y prácticas tradicionales y, lo que resulta más dañino, al bloqueo o sabotaje de formas “alternativas” de funcionamiento. Sin embargo, para los burócratas que planifican y evalúan la educación superior “su” modelo constituye un dogma: la meta es la “excelencia” —que bien mirada es una *flatus vocis*—; el premio, recursos generosos y abundantes, mejores condiciones de trabajo y buenas becas; lo que implica concebir a directivos y docentes universitarios como gerentes y obreros, a sus espacios habituales de

trabajo —¿académico?— como líneas de producción y de ensamblaje, a sus alumnos como “insumos” y a sus egresados como “productos”; como objetos prácticos cuyo “valor agregado” —el saber o las habilidades adquiridas— los coloca en el “mercado laboral” como mercancías con más o menos “calidad” —lo que quiere decir más o menos “precio”.

Sin embargo, las “ventajas” que ofrece este modelo no redundan en beneficio de la educación misma, de sus contenidos, de sus aportaciones a la solución de los verdaderos problemas de la sociedad contemporánea. Por el contrario, dicho modelo solamente procura afianzar y garantizar el control central y fiscalizador del Estado sobre el conjunto del sistema universitario a través de sus aparatos burocráticos para la asignación “selectiva” de recursos y la evaluación constante y unilateral de los procesos educativos, ya que de esa manera el Estado siempre conserva “para sí” la posibilidad de planificar, organizar, financiar y “dar por buenos” programas educativos que a la postre solamente convienen a los intereses de un reducido número de ciudadanos: los altos burócratas gubernamentales y las cúpulas empresariales a quienes los primeros representan. Un grupo social privilegiado, minoritario, voraz y siempre insatisfecho cuya visión del mundo, expectativas, intereses y valores son presentados por el nuevo discurso educativo como los “mejores”, con exclusión abierta y estratégica de la diversidad y la riqueza que aportarían “otros” actores sociales, con otros puntos de vista y otros intereses sociales y culturales, quizá más flexibles, más abiertos, más justos e incluyentes, más respetuosos de la naturaleza, la historia y los valores colectivos. Lo que nos lleva a su vez a estas preguntas: ¿el modelo empresarial es “bueno” por sí mismo?, ¿es realmente lo que la universidad y la sociedad contemporáneas necesitan? O es lo que necesitan los grandes monopolios y jerarcas econó-

micos para —con la universidad también a *su servicio*— garantizar su hegemonía y dominio sociales.

Es aquí donde las humanidades —y la idea misma de universidad— chocan de frente con el modelo empresarial; no sólo por la forma en la que aquéllas tradicionalmente se realizan, sino por el sentido crítico, la vocación interpelante y la función desmitificadora con los que se realizan. Decía Theodor W. Adorno, en un momento histórico difícil para el pensamiento, que la tarea máxima e irrenunciable de la filosofía —y yo agregaría, de las humanidades todas— era “mantenerse del lado de la resistencia y construir refugios para la libertad”. Suscribir y practicar el

modelo empresarial como algo “bueno” —donde obligadamente “el que paga manda”— pasa necesariamente por la clausura de la resistencia, por la renuncia al ser crítico e independiente de las humanidades, por la deformación de su que-hacer interpelante, por la traición a su vocación de verdad y a sus compromisos con lo social, con lo universal y con lo humano.

Notas

- ¹ Jacques Le Mouël, *Crítica de la eficacia. Ética, verdad y utopía de un mito contemporáneo*, París, 1991.